

CARA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

los traspasos y los fichajes

SOMOS viejos espectadores del fútbol. Hemos vivido, y la recordamos sin esfuerzo, la época histórica de Zamora y de Samitier. Habíamos presenciado muchos partidos en el primitivo campo —casi en el descampado— del Club de Fútbol Barcelona. Devorábamos las añejas revistas de deporte y nosotros mismos habíamos practicado el fútbol en los equipos escolares. Arrastras de ese conocimiento, muchos de los que asistimos a los grandes encuentros en los estadios actuales, tendríamos nuestra propia táctica, nuestra técnica particular, nuestros estilos y hasta nuestros goles teóricos. Por eso, quizá, sea el espectador de fútbol tan vocinglero. Cada aullido en el estadio es el sucedáneo de un «chut» colectivo. En la abstracción teórica arremetemos contra el jugador contrario, le hacemos un «dríbling», damos un cabezazo en los «córners» y combinamos magistralmente con nuestros compañeros. Todo ello en teoría, claro está, y mientras no dejamos extinguir la lumbre del cigarro dominguero. La mente del espectador bulle de escalofriantes jugadas y sutilísimos pases. Muchos de los habituales del fútbol han pasado de la juventud a la madurez con un déficit de balones no dominados, de patadas por dar. Todo ello se congestiona en los grandes espacios abiertos de los estadios de hoy. Y existen auténticos eruditos que recuerdan, como si fuera de hoy, el estilo que tenía aquel medio centro llamado Sancho, que abombaba el pecho para que la pelota le diera en el antes de botar al suelo; o la rapidez del pequeño Gamborena o la finura del pase de René Petit. Muchos pensamos que aquel fútbol anterior a las tácticas y al cerrojo estaba lleno de sinceridad, en los tiempos en que no existían los puntos negativos y en que un partido en campo contrario se podía ganar, empatar o perder, como cualquier otro jugado en campo propio. Los porteros usaban tobilleras y rodilleras muy espesas, porque en los campos no había césped y porque la tierra de los campos de fútbol era la dura tierra del arrabal, salvada aún de los progresos de la construcción y del urbanismo.

Hoy, el fútbol es un fenómeno social y colectivo que perdura durante toda la semana; se vive en las oficinas y en la televisión, se prolonga en las quinielas y se baraja con el juego de azar y con la apuesta. Alrededor del fútbol ha crecido un negocio de traspasos y de compras. El concepto filosófico y sociológico del valor humano tiene una traducción literal en el precio que se paga por la propiedad de determinados jugadores. Existen auténticas «inmobiliarias» del elemento que es, por naturaleza, más móvil del universo: el ser humano. Los hombres que juegan al fútbol alcanzan una cotización y una ficha económica y, en definitiva, un buen club de fútbol no es mucho más que un caudal de esos valores humanos. Se puede ganar un campeonato que, en síntesis, se traduzca en las capacidades de inversión económica que tenga determinado club, con independencia absoluta de los simples valores deportivos de la ciudad o de la comarca que le da nombre. Y, por tanto, las quinielas que hoy se hacen podrían limitarse a ser traducciones

del estadiillo bancario de cada color o de cada equipo.

Durante un tiempo, el fichaje de los grandes jugadores se reducía al área de cada país; en los comienzos del profesionalismo se produjo el desconcertante e inverosímil episodio del traslado, sin causa que lo justificara, de Ricardo Zamora desde el Español de Barcelona al Real Madrid. Bien es verdad que el propio jugador había realizado unos años antes el sensacional salto desde el Barcelona al Español, salto mucho más arriesgado por tratarse de dos clubs con rivalidad local, rivalidad que los tiempos, por cierto, no han mermado. Esos traspasos, de los que la gente no conocía el pormenor económico, causaban un impacto tremendo en la opinión, que consideraba la defensa de unos colores como cuestión de honor, romántica y desprendida. Esos fueron los comienzos del profesionalismo, cuando existía todavía cierto rubor de confesar el trasfondo pecuniario del asunto. Pronto se prescindió de cualquier disimulo y el trasiego de jugadores se pudo efectuar sin reparo y a las claras. Más tarde empezaron a funcionar redes sutiles de espionaje, advino la aparición de intermediarios y celestinos en busca de la «promesa», y el mapa de España fue ámbito de sigilosos compradores de hombres. Un gallego actuaría en Mallorca y un vasco se haría andaluz. En definitiva, todo quedaba en casa, como vulgarmente se dice. Sólo un equipo parecía mantener una tradición local llevada con rigor, y este equipo era el Atlético de Bilbao. Mas el resto de los equipos, grandes y pequeños, sucumbieron a las exigencias del mercado.

La edad contemporánea del fútbol se ha caracterizado por la pérdida absoluta del sentido de la proporción con los fichajes internacionales. Los grandes clubs del mundo ignoran los principios más elementales de toda discriminación. A los equipos que pueden permitirse ese lujo se les adjudica la «saeta rubia» o el «bólide negro» sin más que un cheque en dólares cuantio-

so. Si no hubiera existido cierta reglamentación, tasando el número de jugadores que podían ser comprados a las potencias extranjeras todo hubiera consistido en poder adquirir, con entrenador y camisetas incluidas, al mejor equipo danés enterito o al «once» brasileño de mayor confianza. El alud se detuvo en una cifra de compromiso, de modo que los grandes equipos puedan seguir llamándose como se llaman, aunque se transgreda con algunos tapujos administrativos el cupo autorizado. Cuando se barajan cifras como las que vale hoy un «astro», la nacionalización de ese astro no presenta mayores problemas. Equipos italianos y españoles tienen injertos raciales sucosos o magiares. La pelota es redonda y bota lo mismo para unos que para otros.

Mas los inventores del fútbol moderno, que fueron los ingleses, son también en gran parte los más fieles —algunas veces, sólo algunas, es verdad— a la meticulosidad jurídica. Sabido es que los magistrados y letrados de la Gran Bretaña usan todavía una peluca dieciochesca, difraz o anacronismo que parece contribuir a la preceptiva leguleya más pertinaz. La manía jurídica de la rubia Albión lleva consigo sorprendentes episodios. Hace unos días, el Gobierno británico ha debido someterse al «raport» de un experto juriconsulto con relación al debatido escándalo Profumo. Los principios del Derecho llevan a veces a la pública consideración a los más elevados hombres públicos y a los propios instrumentos de gobierno. Del mismo modo, los derechos de los futbolistas —y sus deberes— han sido sometidos a los principios generales de la legislación y del derecho. Así, vemos hoy que la Asociación de fútbol de Inglaterra y la Liga de Fútbol de aquel país no apelarán contra una reciente decisión de los Tribunales de Justicia que han declarado ilegal el sistema de contrato y transferencia de los jugadores. Los mejores juriconsultos de Inglaterra están elaborando actualmente unas normas de contrato que se adapten a los postulados jurídicos generales.

profesionalismo y afición auténtica

La noticia fue precedida de otra, que habíamos pasado sin comentario, sobre la prohibición que ha acordado la Federación británica del fichaje en clubs ingleses de jugadores extranjeros. Probablemente, el organismo intenta, en Inglaterra, fortalecer la posición del profesional insular; pero no hay duda de que, además, cumple con un servicio de interés oficial: el ahorrarle al país un pequeño puñado de divisas, fugitivas antes por un placer efímero y circunstancial como es el fútbol.

El planteamiento de esta cuestión se nos antoja oportuno. Hace unos días, seguíamos con interés —como una gran parte de la población española— los resultados deportivos que los seleccionados de nuestro país estaban obteniendo en los IV Juegos Mediterráneos celebrados en

Nápoles. Habíamos visto partir a la pléyade de jóvenes atletas y deportistas, enfundados en su chaleco azul, llenos de auténtica y deportiva ilusión. Al regreso, el brillante papel que el conjunto y, sobre todo, algunas de sus individualidades, habían obtenido en el Certamen, constituía una lección ejemplar. ¡Cuán lejos estaban todos ellos del cálculo crematístico, de la entrega condicionada y del lenguaje falsamente entusiasta del profesionalismo futbolístico! Y a pesar de ser todos ellos muchachos que alternan el deporte con la vida usual, y que tienen que compartirlo con sus ocupaciones habituales, ¡qué victorias tan saneadas y merecidas obtuvieron!

¿No sería cuestión de revisar la inflación futbolística desmesurada que hemos estado alentando y aplaudiendo inconscientemente hasta hoy? ¿No se puede «desprofesionalizar» un poco ese enorme y abstruso tinglado?